

Margarita Leoz

Flores fuera de estación





Seix Barral

Margarita Leoz

Flores fuera de estación

© Margarita Leoz Munilla, 2019
Publicada de acuerdo con The Ella Sher Literary Agency
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-322-3559-7
Depósito legal: B. 18.409-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

BULBOS

Mi hermana me llama cuando estamos en el aeropuerto.

—¿Cómo es cuando te suicidas con pastillas?
—le pregunto.

Aprovecho que Fabián se ha alejado, ojea un puesto de revistas y no me oye.

—¿Qué? —dice—. Bueno, es como cuando mezclas en un matraz bicarbonato sódico y vinagre, supongo. Te sube una espuma por el esófago y te mueres.

—O sea, te quemas por dentro.

Hay un silencio.

—Y yo qué sé —responde inquieta—. ¿Me tomas por un médico? Lo único que te puedo decir es que no hagas nada sin guantes ni gafas protectoras. Nada, ¿me has oído?

Comienza una perorata sobre cuánto dejan de desear las medidas de seguridad de su empresa. Me habla con voz gruñona, como si yo tuviera la

culpa. Y repite la historia de aquel becario cuyo anular acabó seccionado dentro de una probeta.

—¿Cómo se llamaba? ¿Manuel? ¿Miguel? No lo recuerdo, pero estoy convencida de que a su prometida no le hizo ninguna gracia.

No, no le hizo gracia. El dedo se bañó en una mezcla corrosiva y fue imposible recuperarlo. A las dos semanas se le terminó el contrato. La tarde de la despedida los jefes le regalaron una caja de sulfumán y otra de lejía, doce botellas por caja, los productos estrella de la fábrica. Mi hermana le ayudó a cargarlos dentro del maletero. El becario llevaba aún una gruesa venda, «contabas los dedos y siempre faltaba uno», decía mi hermana. Se despidieron en el aparcamiento.

Me quedo callada.

—¿Por qué me preguntas eso? —me espeta de pronto—. Lo del suicidio, me refiero.

La megafonía de la terminal emite un aviso. Comienza el embarque. Fabián se acerca agitando dos periódicos. Esboza una sonrisa. Sorte a muchas personas que parecen disfrazadas: unos negros vestidos con chilabas muy blancas, seguidos por unas mujeres a distancia, arrastrando maletas pesadas; adolescentes rubios, toda una clase, con la misma mochila colgada de un hombro, y una profesora que los precede y no mira atrás y les habla en ruso o, acaso, en otro idioma eslavo.

—¿Se puede saber dónde estás? —pregunta mi hermana—. ¿Te vas de viaje?

Prometo buscarle un puzle y cuelgo sin mencionar el destino.

Tres días atrás el teléfono suena largo rato. La noche anterior habíamos salido con unos colegas de la agencia de Fabián. En los postres empezaron a comentar sobre sus tasaciones, en qué medida influía una cubierta rehabilitada o la ubicación de los ventanales. Fabián era sensible a pasillos y patios interiores, mientras que el otro perito mostraba su debilidad por la orientación sur. No eran malos tipos, pero reconozco que al cabo de un tiempo me aburrí. Me fui a la barra, donde un camarero atractivo, más joven que yo, con un tatuaje en el cuello, servía chupitos sin arte. Le pedí una copa, tuvo que acercarse a pocos centímetros de mi cara, olí su perfume. Luego otra copa más.

Cuando oigo el teléfono, me hago la dormida. Fabián ya está impecable, se ha duchado y afeitado y me tiende el auricular.

—Preguntan por ti —dice, tapando el micrófono.

Sube las persianas. Viste con elegancia hasta en casa. No se le aprecian ojeras. Con seguridad lleva tiempo levantado, me lo imagino en nuestro despacho con su taza de té puro, sin leche ni azúcar, revisando informes traídos de la agencia para colmar sus horas libres. Los rayos de sol se asoman curvos, la lluvia ha limpiado el aire. Me pongo en

pie y veo mi calle y los árboles y los madrugadores que compran el pan, los que se dirigen a la estación con temor a perder el tren y todo me resulta distinto.

«Será mi hermana», pienso en duermeyela. Los domingos telefonea por insignificancias, como saber a toda costa si tenemos intención de comer con ella o cómo sacar una mancha de vino tinto.

—No es Virgi —dice Fabián.

Mi hermana se llama Virgilia, pero todos la llamamos Virgi. Todos, excepto mi madre, que le suena a apodo hombruno y feo. La acusa de romper el vínculo con nuestros antepasados. En mi familia siempre ha habido un Virgilio, generación tras generación (mi abuelo materno, su padre y el padre de su padre), hasta el punto de que mi madre, en un arranque desmedido de fantasía, asegura incluso que el célebre poeta latino perteneció a nuestra estirpe. Por esto, en su hija primogénita, perpetuó la tradición de la que tanto presume. Siendo una niña, cuando mi madre la regañaba por alguna tontería, porque se negaba en redondo a beber la leche o no se lavaba los dientes, mi hermana la chantajeaba.

—En cuanto cumpla dieciocho, me planto en el Registro Civil y me cambio el nombre —decía enfurecida.

Aquella bravata nos hacía mucha gracia a mi padre y a mí, pero mi madre se la tomaba a la tremenda y se marchaba de la habitación con un portazo.

Salvo contadas excepciones, mi hermana había aprendido a convivir con su nombre. Sin embargo, en las primeras clases de la facultad regresaba a veces llorosa, se encerraba en su habitación y no quería salir. Después nos enteramos de que el chico que le gustaba y con quien compartía mesa en las prácticas del laboratorio se había burlado de su nombre, le había preguntado qué lugar de la tabla periódica ocupaba, si era prima de Silicio o de Rubidio.

—Ni siquiera soy un gas noble, ¿sabes? —gemía desconsolada—. Me habrá puesto entre los metaloides, como si lo viera.

Pese a que yo no entendía nada, me vienen a la memoria sus lágrimas calientes sobre los apuntes, la almohada estrujada entre las falanges. Incluirla en aquella categoría debía de constituir una gran afrenta. Eso no le habría sucedido de haberse llamado Marta o Elena.

—¿No es Virgi? —pregunto extrañada.

—No —dice Fabián tendiéndome el aparato—. Es alguien que habla raro.

Al principio no soy capaz de reconocer a Sarah. En su voz hay distancia y tristeza, la oigo como si me llegase de detrás de las paredes de un acuario. Se dirige a mí en francés y pienso que alguien se ha equivocado de número. Luego dice mi nombre como solo ella lo pronunciaba, en dos secuencias, con un lapso cortante en el centro, y ya no tengo dudas.

—Edgar ha muerto.

Me vuelvo a tumbar. Intento cubrirme las rodillas sin conseguirlo. Llevo puesto un camisón de verano antiguo, de mi madre, demasiado corto. Imagino a Sarah sentada en el jardín de aquella casa que conozco, rodeada por rosales trepadores y pasifloras, las hojas verdes del sauce cepillando las ventanas, alejada de su hija Charlotte para que no la oiga, con su pelo recogido hacia atrás, una inmensa coleta rojiza, su cara despejada tan pálida, en una mañana a buen seguro más fría que la mía.

Catorce años atrás, Virgi me animó a que retomase mis clases de piano, abandonado tras casi una década en el conservatorio. Ella consideraba la música una inutilidad, igual que la filosofía, la costura por gusto o aprender un idioma extranjero aparte del inglés. Jamás había pisado un teatro fuera de las obligadas excursiones escolares. Lo de los puzzles no era una afición, sino una terapia. «Si no encajase piezas, me atiborraría a sedantes», sostenía. Admiraba a los científicos, a los campeones de Scrabble y a las maratonianas olímpicas, pero a sus hijos nunca les permitió una afición que no produjese una ganancia práctica, un provecho computable. De pequeños, venían a mi piso para cocinar bizcochos. También recortábamos cajas de cereales con las que hacíamos caretas que después pintábamos con témperas. Les guardaba cáscaras de nuez para construir barquitos, los poníamos a

navegar en la bañera. Plastilina, papel crepé, retales deshilachados; en mis cajones, hasta que me casé, siempre te podías encontrar cosas así. Su madre quizá creía que me los llevaba al cine o quizá hacía la vista gorda. Lo cierto es que nunca preguntaba.

Más tarde, al elegir sus carreras universitarias, Virgi se lamentaba:

—Destrocé mi cocina haciéndoles experimentos químicos. Total, para que se vayan por letras.

Sin embargo, conmigo mi hermana había sido siempre muy condescendiente. Me buscó un profesor entre los anuncios por palabras del periódico. Era un viejo polaco que se ganaba la vida con alumnos particulares. Dábamos clase los lunes a las siete en su casa, situada en un barrio sombrío, alejado del centro. A diferencia de los pianistas que yo había visto por televisión, tenía las uñas muy desaliñadas y las manos romas. Divorciado, dos perros salchicha eran su única compañía. En ocasiones, en medio de una clase, saltaban sobre las teclas o se colaban por entre los pedales, con aquella espina dorsal desproporcionada frente a unas patas tan breves, a la caza de un mimo. El polaco no los acariciaba ni los reprendía, se diría que eran invisibles a sus ojos. A pesar de que llevaba más de dos décadas en la ciudad, hablaba tan mal nuestro idioma que me resultaba difícilísimo comprender sus correcciones, así que yo no mejoraba demasiado. Tocábamos lo que a él le gustaba, sin programa ni método, mucho Schumann, mucho Chopin.

Una tarde llevé la primera sonata de Beethoven. Se negó en redondo. Más que odio, lo que le producía era una especie de reacción alérgica. Sostenía que le causaba ardor de estómago.

—Lo tocas en tu casa —dijo tajante.

Eso sí lo entendí a la perfección.

Un día me invitó a un concierto. Me senté con él en las primeras filas. Llamaríamos la atención, supongo: él, un viejo despeinado, tantas arrugas cruzadas que no soportarían ser contadas, sus vaqueros con lamparones, las greñas canosas, aquella apariencia rotunda de indigente que justificaría en sí misma una ayuda social; y yo, sin haber cumplido los treinta, con el vestido negro que me había prestado Virgi, dos tallas más grande, y un bolso que no conjuntaba. Al finalizar, lo seguí por los pasillos del teatro y me presentó a los integrantes del trío, antiguos compañeros de orquesta en otro país. El oboísta era Edgar.

En la conversación con Sarah hay silencios violentos, sin que ninguna de las dos quiera iniciar la despedida. Mi mente calcula el número de meses, años, que no nos comunicamos. A la última visita le sucedieron llamadas casi diarias, de verdadera amistad, profundas en detalles, que me complacía pagar al contemplar la factura del teléfono. Se fueron espaciando, sustituidas por cartas cada vez más menguadas, menos constantes, algo insince-

ras. Más tarde, la postal de una isla, esporádica, por vacaciones, o una felicitación en diciembre con una fórmula repetida y hueca: «Anton, Sarah y Charlotte te desean Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo». Luego, nada, un recuerdo fugaz, una buena intención fallida.

—O sea, que trabajas en el mismo sitio, ¿no?
—pregunta.

Y yo respondo:

—Más o menos.

Retomamos el hilo o nos quedamos calladas. Pienso en cuándo toca hacer la compra mensual o la colada, en que nuestro aniversario de boda se aproxima y todavía no he comprado ningún regalo.

—Creí que querrías saberlo —dice—. Lo de Edgar.

—No me habría enterado de otro modo —respondo.

Me enderezo en la cama. Los pasos de Fabián van del aseo a la cocina. El agua sube en la cafetera y borbotea con fuerza. El ronquido metálico del exprimidor extrae el primer zumo.

—Charlotte se habrá hecho mayor —digo.

—En enero cumplirá once.

—¿Está por ahí?

—No, hoy duerme en casa de su padre.

A la luz amarilla de la mañana, el dormitorio parece más angosto y los muebles, ajados, extraños. No recuerdo cuánto tiempo permanecemos al teléfono, contándonos muy poco, casi nada,

incómodas por la falta de práctica. En un instante, Sarah reacciona de alguna manera y se despide.

Al colgar, me percaté del dolor de cabeza. Cierro los ojos un segundo. La bata de Fabián descansa sobre la cama. Me la pongo. Intento enumerar los platos de la noche anterior y a partir de qué *gin-tonic*, demasiado parlanchina, demasiado borracha, dejó de existir para el camarero perfumado del tatuaje en el cuello.

Darían aún un par de conciertos en la ciudad y otros seis en las provincias limítrofes. El trío lo componían Edgar al oboe, Sarah al violín y Anton al piano. Por aquella época Anton y Sarah ni siquiera eran pareja, ni siquiera se entendían bien. Sarah, con su porte imponente, su mandíbula pesada, unas cejas pelirrojas y espesas, muy alejadas de la moda, lo acusaba de dejar la tapa del piano en exceso abierta, usurpando así la resonancia del resto de los instrumentos. Anton le reprochaba su histerismo y que su violín sonase a roedor atropellado. Edgar intentaba poner paz entre ellos, entonces se pasaban al idioma que solo ambos compartían y no había nada que hacer.

Aquella noche salimos todos juntos: Edgar, Sarah, Anton, mi profesor de piano y yo. Terminamos muy tarde, en un bar de ambiente, el único que no encontramos cerrado a esas horas. Mi pro-

fesor de piano se emborrachó, empezó a lamentarse por alguna razón, pero nadie entendía el polaco, y se quedó dormido en la barra. Después de verlo en ese estado, me resultaría muy complicado presentarme en su casa y abordar una suite.

Edgar me dio dos invitaciones para el siguiente concierto. Fui sola. Me puse tanto rímel que me daba la sensación de que se me caerían las pestañas. En los aplausos salí a esperarlo a las puertas del camerino y nos dirigimos sin preámbulos a mi casa.

Quince días más tarde, lo visité en la ciudad donde residía. La primera escapada, tres jornadas, ni una más; sin embargo, enseguida me ausenté por intervalos de una semana. Pedía vacaciones en el trabajo, hacía una maleta (siempre con ropa de abrigo, me acuerdo) y montaba en un tren que me transportaba a otra ciudad más grande, con vuelos internacionales.

Aquello se convirtió en una rutina. Venía a recogerme en su utilitario color cian, con una baca en el techo que no utilizaba y se negaba a quitar («Para cuando tenga que transportar un contrabajo», sostenía). Lo había comprado de segunda mano, las abolladuras se hundían en la chapa y el interior estaba muy descuidado. Púas de pino, como si recién volviese de un vivac en lo más profundo del bosque, cubrían las alfombrillas. Lo aparcaba subido a la acera, en cualquier parte. Se jactaba de que en aquel país no había policía, nunca lo habían multado. Los dos primeros días nos

encerrábamos en su casa y hacíamos el amor, apenas salíamos al exterior, alimentándonos de pan de centeno untado en mantequilla. Cumplido el plazo, paseábamos de la cintura, visitábamos museos, escuchábamos conciertos de música antigua, me invitaba al restaurante iraní del barrio, asistíamos a *performances* con artistas sin depilar que se desnudaban en público y se arrojaban cubos de pintura por la cabeza como si fueran agua. Me instaba a que, más allá del resultado, prestase atención a la intensidad, la trayectoria del chorretón, al porqué de la gama elegida en cada fase. Yo no entendía demasiado, aplaudía con brío y a continuación nos íbamos a tomar unas cervezas.

Al cabo de siete días, nunca más, recorría el camino inverso. Regresaba a mi apartamento, a mi dormitorio, hacía cola en el supermercado, saludaba a las vecinas por el patio de luces («Ya sabemos que has estado fuera, bonita —me gritaban mientras tendían sus delantales de mercadillo, los enormes pantalones de sus maridos—, que no se ha oído ese piano tuyo»). En el trabajo me aislaba, en casa tocaba mucho y evitaba pisar demasiado la calle.

Edgar nunca me devolvía las visitas.

En una ocasión le propuse que viniese.

—¿Y qué vamos a hacer allá? —preguntó sin doble intención.

Aquí prosperan las catas de vino y las ferias con artesanos disfrazados de medievales donde se

vende miel, chorizos serranos, carteras de cuero repujado a las que no les abandona jamás el olor a vaca. Se organizan visitas guiadas a las ruinas fenicias, a siete kilómetros a las afueras, y hay un museo de bellas artes con retratos de nobles locales, escenas costumbristas y muchos bodegones plagados de crisantemos y calabazas a gajos. Subsiste también una orquesta de capa caída, formada por músicos del Este con aspecto de haber pasado un hambre atroz durante el comunismo. Mi profesor de piano era uno de ellos. En solitario no tocan mal, pero son incapaces de atacar al unísono un movimiento, incluso dirigidos por una batuta diestra. De esto se percatan hasta los aficionados con escasos conocimientos musicales. La mera idea de plantearle algo así a Edgar me avergonzaba.

Edgar sufragaba a medias mi billete de avión, pagaba en los restaurantes a condición de que yo estudiase la carta (no se molestaba siquiera en abrirla) y eligiese la comida, con lo cual aquellas evasiones no mellaban demasiado mi economía. Me recibía sin preparativo especial, no ordenaba sus partituras ni cortaba el césped, no hacía espacio en su armario para mi ropa. No obstante, me entregaba siempre un juego de llaves y nunca me despertaba por las mañanas.

—No seas tonta y aprovecha para viajar —me aconsejaba Virgi.

Hacía una pausa y añadía:

—Cuando tengas hijos, considérate muerta.

Si yo mostraba la menor reticencia o incredulidad, lo repetía tres veces, como en una maldición de cuento de hadas:

—Muerta, muerta, muerta.

En otras temporadas, Edgar estaba de gira con el trío o con la orquesta. Esto sucedía con más frecuencia en verano. Entonces yo acompañaba a mi hermana y a sus hijos al apartamento de la playa. Me ponía bajo la sombrilla, consentía que el más pequeño enterrase mis pies en arena y vigilaba de manera esporádica a los otros para que no se los tragasen las débiles olas. Virgi y mi cuñado desaparecían un rato, se refugiaban en el chiringuito, se tomaban unas coca-colas heladas acompañadas de unas aceitunas.

—No sabes el papel que nos haces —me decía Virgi a su regreso—. Ni te lo imaginas.

Les sonreía. Pensaba en el calor pegajoso de agosto, en la arena picándome por debajo del bikini, los adefesios hoteleros de trece plantas, ese griterío innecesario, todos aquellos cuerpos laxos, extenuados de desayunar opíparamente, sin hambre, cansados de no hacer nada. Me preguntaba en qué país nublado estaría Edgar, extrañaba mi piano.

Echo un vistazo al bloc de notas. Me lo ha acercado Fabián al comprender que no era una llamada habitual, se ha marchado con sigilo y ha cerrado, tras de sí, la puerta de nuestro dormitorio.

Releo lo escrito: «Edgar. Suicidio. ¿Quedarme en casa de Sarah?». La manía de tomar notas al teléfono, adquirida en el trabajo, y, en los extremos de la hoja, garabatos incomprensibles, círculos, triángulos, líneas ondulantes, trazos geométricos sin significado que tan solo intentan colmar el vacío.

Fabián regresa. Se acerca, me besa en la mejilla y acaricia mi costado como un cazador benévolo que acabase de perdonarle la vida a una corza.

—¿Quién me ha robado mi bata? —dice en broma.

Escondo mis notas entre las sábanas, aun a sabiendas de que nunca mirará lo escrito.

—Su desayuno está listo, marquesa.

Me da la espalda.

En la cocina, hace zumo. Me fijo en la camisa remangada, en cómo corta las naranjas con simetría de cirujano, las somete a la tortura rotatoria del exprimidor sin salpicarse, desecha las cáscaras, las manos empapadas de pulpa y piel.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta tendiéndome el vaso repleto.

Siento la misma vergüenza que cuando regresaba del colegio con una nota para mis padres donde la maestra decía que había detectado piojos en mi cabeza y que no recomendaba mi asistencia hasta haber erradicado la plaga. El aviso poseía el vejatorio título de «Carta de infestación». Mi madre me restregaba el pelo con vinagre, me colocaba un gorro de plástico y me obligaba a quedarme en

la bañera unos minutos que se me hacían eternos. El agua se enfriaba hasta hacerme tiritar. Temía que mi cabello fermentase, tomase una irisación verde alga y la marca del gorro permaneciese indeleble en mi frente. El olor ácido perduraba muchas noches en la almohada.

Me encojo de hombros.

—No estoy segura.

Evito encender el teléfono móvil al aterrizar. Fabián tiene tres llamadas perdidas de Virgi. Suena una cuarta en el taxi. Escucho la voz de mi hermana al otro lado del auricular. Le pregunta dónde estamos y qué hemos venido a hacer aquí.

—Turismo. Estamos de vacaciones.

Virgi no le creerá, pero el tono pausado, calmo, de Fabián es capaz de apaciguarla. Le da algunos detalles del viaje, la información suficiente. Retrasa el instante de alargarme el teléfono, a sabiendas de que no me apetece hablar con ella. Virgi nunca albergó simpatía alguna por Edgar, incluso sin conocerlo, pero toleró bastante bien la relación, porque, a pesar de no concederle el más mínimo crédito, consideraba el viajar un beneficio práctico.

—Virgi, estamos llegando al hotel.

—¿Se puede saber qué se te ha perdido allí?

La muerte de Edgar, de la que Fabián la ha puesto al día, clausuraba cualquier provecho. Fa-

bían paga al taxista y bajo una fina lluvia empuja las dos maletas hacia la entrada del hotel.

—No lo sé —contesto.

Un resoplido ostentoso.

Antes de colgar, dice lo que siempre dice en estos casos:

—Suerte que apareció Fabián.

En ocasiones, en privado y con un fuerte retintín de reproche, añade:

—Por mucho que te esfuerces en despreciarlo.

No había mediado el azar, sino una cita a ciegas organizada por Virgi. Fabián y mi cuñado son pareja de *squash*. Juegan dos veces por semana, martes y jueves, sin variación, desde hace décadas. Corren, sudan, persiguen la pelota, se chocan con violencia contra las paredes de la pista, les salen cardenales, se apuntan a pequeños torneos. En menos de un trimestre, reanimaron a dos jugadores que sufrieron sendos ataques cardíacos. Cuando llegaron las asistencias, los sanitarios confirmaron que les habían salvado la vida. El gimnasio condecoró a Fabián y a mi cuñado a su manera, en un discreto acto, hubo fotos para la prensa local y un aperitivo en su honor. Aquello sucedió antes de conocerlo. Es posible que al ver las instantáneas en el periódico yo hiciese algún comentario, no lo niego. Mi hermana sostiene que exclamé: «¡Cuánto pelo!». Le gusta repetirlo en las cenas familiares.

Fabián siente una punzada de vanidad, respira satisfecho y se suelta otro botón de la camisa.

—Sí, fue el primer comentario sincero que te escuchaba en meses —suele decir Virgi.

Hace un alto y recalca:

—Desde aquello.

«Aquello» fue que por una temporada me cansé de todo. Coincidió con el final de la relación con Edgar. Dejé de ducharme, no soportaba mirarme en el espejo ni tocar el piano. No me apetecía salir de casa; después, de mi cuarto; más tarde, de la propia cama. No hablaba con nadie, a excepción de cuando telefoneaba a mi jefa para inventarme excusas increíbles. Estuve a punto de perder el empleo. Trasladé la televisión al dormitorio, con el canal de la Teletienda encendido las veinticuatro horas. Pedí un banco de musculación, *tuppers* de todos los tamaños, la fregona giratoria definitiva, pulseras magnéticas, una faja moldeadora Slimmy. Ni siquiera abría los paquetes. Mi hermana aporreaba la puerta y yo le mandaba mensajes lacónicos al móvil. Luego lo desconecté. No dormía apenas por la noche, durante el día echaba largas siestas que me desvelaban. La flaccidez de mis brazos me apaciguaba, una flojera conocida, penosa pero íntima. Me decía a mí misma que serían unas semanas, un periodo más o menos largo, hasta que se despejasen las nubes, hasta el otoño, hasta que no quedasen más artículos de la Teletienda por comprar. Al final me llamó el vecino de abajo di-

ciendo que mi váter tenía una fuga. Una enorme gotera se extendía por el techo de su cuarto de baño. Tuve que bajar a verlo y, sin demora, llamar al seguro. «Habrá que picar», sentenció el vecino. La reparación parecía más compleja de lo estimado a simple vista. Durante el mes siguiente una procesión de obreros desfiló por mi pasillo: primero un fontanero seguido de un albañil, de nuevo el fontanero y para rematar, el albañil del primer día, ahora en calidad de pintor. Todas aquellas visitas forzadas provocaron algo en mi piso: lo cambiaron, lo llenaron de polvo, o tal vez fuera la serenidad del vecino cuando me mostró su techo mohoso, rezumante, con una sonrisa pacífica. El caso es que, al finalizar las obras, volví al trabajo.

Fabián se tumba en la cama del hotel mientras deshago las maletas. Prueba las almohadas, hurga en los cajones vacíos como un cazatesoros en busca de lo que otro turista ha olvidado. Lleva consigo su carpeta del trabajo, con bolígrafos de colores, folios milimetrados y una calculadora. Me encierro en el baño. Sin abrirlo, tiro a la basura el gorro de plástico con el distintivo del hotel y al segundo me asalta un picor en la cabeza, como infestada de parásitos. A continuación, me doy una ducha larga y caliente. Me seco con el albornoz que cuelga del perchero. Al otro lado de la puerta, Fabián silba la variación de Mozart que ensayo últimamente, de

la mano de mi profesora, una joven recién titulada del conservatorio, embarazada de su primer hijo. Al salir, lo encuentro enfrascado en el mapa.

—Mira mi obra de arte —me dice ilusionado.

Ajusto el cinturón del albornoz y me siento a su lado. Ha trazado círculos azules en los monumentos y museos, rojos en las iglesias, verdes en los parques. Las calles peatonales se destacan con un amarillo chillón, el puerto es un gran óvalo negro. En el cuaderno, me muestra un esquema con columnas y filas. El plan de visitas cerrado.

—Lo pasaremos bien, ya verás.

Me da unos golpecitos en la mano. Luego añade:

—No hay por qué guardar un mal recuerdo de todo esto.

Con delicadeza, suelta el nudo y el albornoz resbala a los pies de la cama. Le acerco mi lomo de corza. Tengo la melena todavía mojada.

Aquella tarde, en el recorrido que Fabián ha preparado, nos detenemos frente a una iglesia. Me acaricia la nuca con la guía en la otra mano.

—«Una de las más antiguas de la ciudad —lee en voz alta—. Dedicada a san Nicolás, patrón de los comerciantes.»

Se para, gira su cuello hacia mí, me besa en el pelo. Quizá comprueba si lo estoy escuchando.

—¿Tú sabías eso? ¿Que san Nicolás era el patrón de los comerciantes?

Virgi afirma que la mayor virtud de Fabián es aprender algo nuevo cada día, por pequeño que sea. Es de esas personas, dice, que se esfuerzan a toda costa por que los demás estén contentos y no tiene miedo a nada, ni a los bichos, ni a la enfermedad, ni a quedarse sin gasolina en una carretera de montaña.

En una de las visitas a Edgar durante un inusual verano sin recitales, se adentró en el salón algo casi incorpóreo, una masa veloz que revolvió las cortinas y se abatía de un lado a otro, adelante y atrás, arriba y abajo, con un vuelo errático. Nos quedamos paralizados.

—¿Qué es eso? —preguntó Edgar aterrado.

—Un murciélago —dije, levantándome y protegiendo mi cabeza al tiempo—. Con este calor, se habrá colado por la ventana.

Agarró el estuche del oboe y se fue con prisas a la cocina. Lo oí tocando largo rato, mientras yo intentaba ahuyentar al animal con movimientos infructuosos de cojines y brazos. Entré en la cocina, dejando la puerta abierta a posta, le pedí una raqueta de tenis, una red, una sábana, algo que pudiera utilizar para atrapar al intruso.

—Hay dos de bádmiton en el sótano.

Serviría. Fue más trabajoso, acabé empapada en sudor, pero conseguí atontar al murciélago y sacarlo de allí sin tener que tocar demasiado sus

alas de membrana. Si lo pienso, aquel fue el último acto valiente de mi vida. A la mañana siguiente me marchaba, tomé el avión de vuelta con cierto alivio, metí ropa limpia en la maleta y me acerqué al apartamento de la playa con Virgi, mi cuñado y los niños. Luego conocí a Fabián y desde entonces ha sido él quien se ha encargado de todo, de lo heroico y de lo demás.

—«Gótico brabantino. Recoletas vidrieras. Utilizada como polvorín durante la revolución» —lee, resumiendo simultáneamente.

Reconozco la fachada bañada por un brillo taimado. Fabián intenta empujar el portón sin éxito. Entorna los ojos para leer el cartel.

No me cuesta evocar su interior, las sillas en las que esperaba a Edgar a la salida de sus ensayos. El estudio se encontraba un poco más adelante, un bajo en la misma calle, alquilado entre los tres músicos. Solía hacer tiempo deambulando por las capillas, leía la vida de los santos, observaba los arcos, rezaba a veces (aunque no con la suficiente convicción, tal vez), arañaba la madera de los reposabrazos cuando me impacientaba. Edgar aparecía por detrás, metía su mano por debajo de mi melena y me daba un beso largo.

—Este es un lugar sagrado —lo sermoneaba.

Yo consideraba su actitud irreverente, imaginaba a las vírgenes con sus ojos artificiales de cristal fijos en el beso, una vela apagándose en un altar por nuestra culpa, la reprimenda de un sacristán

que surge de pronto detrás de una columna nervada. Sin embargo, por lo general no había nadie o, como mucho, ancianos desperdigados, muy pocos, en un país en que la mayoría había perdido la fe.

—No me vuelvas a tocar allí dentro —lo regañaba a la salida.

Edgar no podía ocultar su placer ante aquella mojigatería mía. Dudo que le resultara por completo creíble. Si llovía, se metía debajo de mi paraguas, porque él nunca llevaba uno en aquel país con tantos días apagados por las nubes. Protegía en especial el estuche del oboe. De regreso a casa, compraba siempre en las mismas tiendas, vino Riesling en botellas altas, estrechas y verdes, avellanas, pan de semillas, un queso oloroso que no he vuelto a probar. Extendía un mantel rojo a cuadros en el salón de su casa y cenábamos en el suelo, con las piernas cruzadas como indios sioux.

Fabián chasquea la lengua, experimenta una leve contrariedad.

—¡Qué faena! Cerrada por restauración.

Nos sentamos en el murete que bordea la iglesia. Me escruta unos instantes. Lo sorprendo, creo, vigilando mi estado, como un inspector concienzudo, por si asomase algún indicio de enrojecimiento en mi rostro, por si pudiese hacer algo por remediarlo. Distraigo su atención acomodándome el fular y desiste. Rastrea el siguiente círculo en su ruta. No decimos nada, contemplamos el rosetón y el atardecer de reflejo magenta muy pálido, y a

mí me da la impresión de estar en un cine, con ocho filas de butacas por delante de mí y otras tantas detrás, con la película de mi vida ante mis ojos, entendiendo lo justo del argumento.

Sarah viene temprano a recogernos al hotel. No me cuesta reconocerla, pero sus facciones se han dulcificado: los huesos de la cara menos puntiagudos, el pelo más corto (un intento quizá de dotarse de un semblante juvenil). Le presento a Fabián y enseguida comienzan una animada conversación en el inglés cojo de él, del que, lejos de provocarle sonrojo, se enorgullece. Más tarde, Sarah se pone a mi altura y Fabián nos sigue a unos metros. Le inquiere por Edgar, por esta última etapa. Un ligero vértigo me impide sondearle en concreto por un posible matrimonio, hijos, pareja más o menos estable.

A pesar de los esfuerzos por mantenerlo a flote, el trío musical se había disuelto a raíz de la separación de Anton y Sarah.

—Ya no soportaba plancharle las camisas, habíamos dejado de hablar y llevábamos meses sin hacer el amor.

Me confiesa aquello del tirón, con el ritmo con que lo escucharía su terapeuta o su abogado, una sucesión de argumentos superpuestos e inapelables. Su hija Charlotte vivía con ella, pero se mudaba con Anton por temporadas. Había crecido lo

suficiente para hacerse la maleta y tomar el tranvía hasta el barrio de su padre. No necesitaron ningún acuerdo judicial, no se trataban a menudo, pero si se daba el caso, mantenían un trato cordial. Si a Sarah se le obstruía el canalón del tejado, Anton siempre acudía dispuesto. Ella le tenía preparada la escalera y las herramientas, le ofrecía una infusión que él rechazaba con cortesía. Ninguno de los dos se había vuelto a emparejar.

—La gente pretende buscar otras explicaciones —dice Sarah—. Pero esto es todo lo que hay.

En cuanto a Edgar, no había mucho más. Tocaba con otros músicos en actos privados, bodas, despedidas civiles. Colaboraba puntualmente con la sinfónica de la ciudad cuando el oboe titular caía enfermo.

—Mantén los contactos, ¿sabes? Lo llamaron para las conmemoraciones del Armisticio. Vi cómo la reina le estrechaba la mano.

Había salido un tiempo con una muchacha vietnamita a la que duplicaba la edad. Me la imaginaba diminuta, con aspecto de esquimal, un abrigo mullido y la capucha puesta, el cutis sin una imperfección, una piel de plástico, casi inorgánica.

—Estuvieron a un paso de casarse. Luego algo pasó y la chica se esfumó.

Las imágenes de la boda de Anton y Sarah me vienen a la cabeza. Un miércoles, una sala en el ayuntamiento del distrito, ningún adorno. Si ordenase mi escritorio, encontraría aquella fotogra-

fía: Edgar y yo, más bajitos, los padrinos, ofreciendo un amparo cómico, y la pequeña Charlotte en el centro, con un ya maltrecho ramo de camelias entre las manos. Y la merienda posterior en su jardín. Sarah sacaba la mesa al jardín, con el velo aún colgando del cabello encrespado, Edgar jugaba a pillar a Charlotte, Anton recortaba las ramas de un laurel frondoso que no desprendía ningún olor. No existía rincón más pacífico que aquel patio, aquel jardín inundado por una luz inocua y maternal.

Sarah nos acompaña al cementerio, nos da las instrucciones oportunas, se queda fuera. Según dice, tiene que hacer unos recados y prometo llamarla al terminar.

Atravesamos una enorme puerta de forja. Hay un viejo uniformado en una caseta, con una gorra estilo Sherlock Holmes. Apenas nos mira, pero nos devuelve el saludo con el mentón. Dos ancianas, dos brevísimas sombras, se deslizan entre los caminos pavimentados que ascienden y descienden en plácidas pendientes. Alabo el sentido de la orientación de Fabián.

—Yo sería incapaz de encontrarlo. Ni en un millón de años.

Fabián tiene la expresión de un chiquillo halagado, una sonrisa penosa.

—No te habría dejado venir sola.

Fabián me murmura esto al oído, demasiado cerca como para no percibir su aliento a té, leván-

tando de forma muy suave algunos mechones de mi cabello.

A continuación, añade:

—¿No habrías hecho tú lo mismo en mi lugar?

No hace falta que responda porque sé que ese lugar no existe, no existirá jamás. Como un eco, escucho la voz de Virgi: «Suerte que apareció Fabián».

Atravesamos las estelas idénticas de los soldados caídos en la Gran Guerra. Una bandada de tordos como un grumo negro prorrumpe de alguna parte. Del modo exacto en que había indicado Sarah, nos topamos con la tumba de Edgar.

Fabián se hace a un lado con aire circunspecto, igual que ese extraño que puebla todos los entierros, ni amigo ni familia, con las manos a la espalda y un sombrero o un periódico arrugado entre ellas, maestro en repartir condolencias, en regalar a cada pariente la frase de consuelo que requiere. Miro la lápida, las fechas que abren y cierran una vida, la tierra revuelta sobre la que todavía no ha podido crecer la hierba, poblada de raíces cortadas, inservibles. Durante unos minutos no pienso en nada, ni en el porqué de ese viaje ni en Edgar, a quien no sé con seguridad si quise, cuya muerte no sé si en realidad lamento o solo me recuerda a mí en otra época, otra yo que ha llegado a término, que ha desaparecido. Me quedo unos segundos desenmarañando la trayectoria a la deriva de las ramas de una forsitia, sus flores amarillas a punto

de brotar pronto cubrirán la piedra, ocultarán las letras, los números, todas las referencias.

A la salida, Sarah nos espera sin bolsas de recados de ningún tipo. Aparece con semblante preocupado.

—Tengo que vender la casa, la casa de Edgar —dice.

Se retira el pelo de la frente. Resopla.

—La zona se ha puesto de moda, pero no sé por dónde empezar.

Edgar no tenía familia. Anton y Sarah eran sus amigos más cercanos. Ahora sus bienes les pertenecen. Fabián se ofrece a ayudarla con lo que necesite, aunque desconozca el mercado inmobiliario del país.

—No será muy diferente del nuestro —asegura optimista.

Propone ir a echar un vistazo a la vivienda, darle una primera estimación del precio que podría solicitar. Sarah le da las gracias.

—¡Qué afortunada eres con Fabián! —me susurra.

Lo sé. Es el efecto que produce sobre los demás, sí. Fabián, esa sensación de compartimento estanco donde refugiarse ante la adversidad.

Sarah tiene un juego de llaves en el bolso. No tengo muy claro si es algo fortuito o ha provocado que Fabián le brinde su ayuda. Con todo, se muestra tan desvalida, tan abrumada por la responsabilidad, que decido sumarme a la mano tendida de mi marido.